

camento de tropas inglesas que saldría de Charleston para favorecer el plan (\*). La trama se descubrió no obstante cuando iba á ponerse por obra, y un sargento llamado Gornel fué condenado y sufrió la pena de muerte. Esto sucedió el día último de abril, y en la misma noche desertaron una porción de soldados.

El general Leslie, que mandaba en Charleston, permaneció en la plaza hasta el 14 de diciembre aunque su intención había sido evacuarla en 7 de agosto. En este intervalo Leslie propuso al general Greene una suspensión de hostilidades, y aunque éste hubiera aceptado gustoso la proposición, como la autoridad civil se ocupaba ya de este asunto, no se creyó suficientemente autorizado para entrar en tratos de esta naturaleza con el general inglés. Leslie ofreció también pagar al contado el arroz y los víveres que se enviasen á la ciudad, amenazando en caso contrario en tomarlos á viva fuerza, pero el general Greene, sospechando que se trataba de reunir una considerable cantidad de provisiones en Charleston á fin de que no careciese de nada el ejército mientras operaba contra los franceses en la India occidental, no quiso tampoco avenirse á ningún arreglo. El resultado de esto fué que los ingleses hicieron algunas escursiones por el país, dando lugar á varias escaramuzas (\*\*), que no hubieran tenido la

(\*) Véase la *Vida de Nataniel Greene*, escrita por el mismo, págs. 335-8, y también la *Vida del general Greene*, por Caldwell, pág. 333.

(\*\*) Cálculase que las pérdidas de los diversos ejércitos de los Estados-Unidos durante la guerra, no bajaron de setenta mil hombres, pero no puede apreciarse á punto fijo cuántos murieron en los horribles pontones del enemigo. Asegúrase, no obstante, que lo menos once mil de nuestros bravos soldados perecieron en el llamado *ponton de Jersey*. Esta espantosa mortandad se atribuye generalmente al cruel tratamiento que sufrían los prisioneros aglomerados en aquella hedionda prisión. La pérdida de los ingleses con-

menor importancia á no ser por la muerte del teniente coronel Laurens ocurrida en una de aquellas, en 27 de agosto, con gran sentimiento de sus conciudadanos que le querían y apreciaban en extremo. Poco después, el capitán Wilmot atacó á un destacamento de ingleses en la isla Jacobo, cerca del fuerte Johnson: en este encuentro murieron el capitán y algunos de sus hombres, y esta fué la última sangre que se vertió en la guerra americana.

Hacia mediados de Setiembre salieron de Virginia las tropas francesas que fueron á reunirse con el ejército americano en el Hudson; y el mes siguiente marcharon á Boston donde desembarcaron antes de terminar el mes de Diciembre, á fin de dirigirse á la India Occidental, habiendo permanecido en América dos años y medio. Washington volvió á Newburg donde se conservaron los cuarteles de invierno hasta el licenciamiento del ejército; y aunque era casi seguro que no se emprenderían operaciones militares durante el invierno, siendo por lo tanto innecesaria la presencia del comandante en jefe, temeroso Washington de las consecuencias que podrían resultar de la irritación y resentimiento de oficiales y soldados, resolvió sacrificar sus propios intereses y quedarse con el ejército para vigilar su conducta.

Dice Marshall que para apreciar debidamente los motivos que produjeron el descon-

sistió en dos numerosos ejércitos que cayeron en poder de los Estados-Unidos, sin contar muchos miles de hombres muertos ó cogidos prisioneros en diversas acciones durante la guerra. Además de esto la Gran Bretaña perdió desde luego trece colonias, y en el espacio de siete años aumentóse su deuda nacional en ciento veinte millones de libras esterlinas. Los Estados-Unidos obtuvieron la independencia y libertad porque luchaban, sin que su deuda excediera de cuarenta y cinco millones de duros, ó sean algo menos que diez millones de libras esterlinas.—Diario militar de Thatcher, pág. 350.

tento del ejército será necesario tener presente que el acuerdo de octubre de 1780, por el cual se concedía media paga de pensión vitalicia á los oficiales, se emitió por un gobierno, que no poseyendo fondos para llenar sus compromisos, no podía dar más garantía que su buena fé para asegurar el cumplimiento de aquella medida. Prescindiendo de esta consideración y otras de decisiva influencia, conviene observar que el Congreso se mostraba tan poco inclinado á conceder la media paga, que empezó á perderse la esperanza de que se aplicasen á este objeto los fondos que el gobierno adquiriese. Después de acordada aquella medida, habíanse aprobado los artículos de Confederación, por los cuales se exigía que todos los acuerdos referentes á presupuesto se votaran por nueve Estados, y estos nunca se mostraron dispuestos á favorecer el proyecto. Sabíase además, por otra parte, que la opinión pública se mostraba contraria á que se recompensase de aquel modo á los oficiales del ejército, y por lo tanto era muy natural que á punto de retirarse del servicio activo por acercarse el día de celebrar la paz, pensasen los interesados con inquietud sobre su situación y porvenir.

En la primavera de 1782, las potencias beligerantes de Europa adoptaron medidas para fijar las condiciones de la paz, y al efecto en el mes de abril marchó á París Mr. Oswald á quien siguió á poco Mr. Grenville que iba á conferenciar con el conde de Vergennes acerca de los preliminares de la paz. El gabinete británico demostró en todas las negociaciones una especie de apática indiferencia, dando lugar á que surgiesen enojosas dificultades como si tratara de entorpecer los procedimientos á fin de privar á los Estados-Unidos de todas las ventajas que pudieran obtener.

Habiendo muerto el marqués de Rockingham en 1.º de julio, sucedióle Lord Shelburne, quien acordó con el rey impedir en lo posible el reconocimiento absoluto de la independencia americana. El Dr. Franklin dejó escrita en uno de sus papeles la siguiente nota: «Inmediatamente después de la muerte de Lord Rockingham el rey dijo á Lord Shelburne:» «Voy á ser franco con vos y á descubrir lo que siente mi corazón: sabed que estoy resuelto, sean las consecuencias cuales fueren, y aunque me cueste la corona y la vida, á no reconocer de una manera absoluta é inequívoca la independencia de América. Apoyadme en este terreno y no os molestaré en ningún otro asunto, confiándoos plenos poderes como primer ministro del reino.» La firmeza del Congreso y de los comisionados americanos en París, no permitió al monarca llevar á cabo su plan.

Felizmente para nuestro país, sus intereses fueron confiados á hombres capaces de comprenderlos, apreciarlos y defenderlos. El venerable Dr. Franklin, ministro americano en Francia, y ya de una edad muy avanzada, juntamente con Mr. Jay, que llegó de España el 23 de junio, fueron los dos principales encargados de las negociaciones, pues Mr. Adams no llegó de Holanda hasta fines de octubre, y Mr. Laurens salió de Londres muy pocos días antes de fijarse las condiciones del tratado. Los dos principales puntos de la independencia, que eran los relativos á límites y pesquerías, se arreglaron satisfactoriamente entre Mr. Jay y Mr. Oswald, y aunque otras cuestiones sobre compensar á los realistas por sus pérdidas, y ceder el Canadá á los Estados-Unidos etc., ocuparon la atención de los comisionados durante algún tiempo, aunque sin resultado alguno, firmóse al fin en París por ambas partes en 30 de noviembre el tratado provisional, que

fué aprobado y rectificado por el Congreso (\*) á principios del año siguiente.

Ya se recordará que los comisionados americanos recibieron la orden de someterse á las decisiones de Francia en el progreso de sus negociaciones con Inglaterra, política que aconsejó el Dr. Franklin, tanto por sus consideraciones personales á dicha potencia, como por creer que era lo mas conveniente. Mr. Jay, sin embargo, á quien no agradaba la menor intervencion por parte de Francia, á pesar de los importantes servicios que esta prestara y aun podia prestar á la causa de América, se mostró dispuesto á oponer ciertas dificultades en algunos puntos en los que su colega no creyó oportuno mostrarse demasiado exigente. Cuando Mr. Oswald se dió á conocer como el encargado para tratar con las personas que estuviesen debidamente autorizadas por las colonias ó plantaciones de América, Mr. Jay rehusó seguir adelante á menos que se reconociera á los Estados Unidos como nacion independiente, cosa que no creyeron necesaria el Dr. Franklin y el conde de Vergennes, puesto que dicha independencia estaba reconocida de hecho, sino de palabra. El haber resuelto Mr. Jay obrar independientemente, fué causa de que se procediese á las negociaciones y se estipulasen los artículos del tratado sin consultar á la corte de Versailles. Mr. Adams, (\*\*) Mr. Jay y el Dr. Franklin obraron en aquel

(\*) En la obra *Hombres y Epocas de la Revolucion*, por Mr. Watson, págs. 203-6, manifiesta este autor que estuvo presente en el Parlamento cuando el rey leyó su discurso en 5 de diciembre de 1782, y da sobre este punto interesantes detalles. Véase el apéndice primero al fin del presente capítulo.

(\*\*) Al dar cuenta el nieto de Mr. Adams de los distinguidos servicios de aquel patriota al negociar el tratado de paz, no habla tan favorablemente como Mr. Sparks del carácter diplomático y de la política del conde de Vergennes, y de la corte de Francia en general.—Véase la *Vida y obras de Juan Adams*, vol. I, págs. 392-5.

asunto de comun acuerdo, y aunque se apartaron de sus instrucciones, y aun cuando no faltara en América quien censurase severamente su conducta, se puede asegurar, sin temer la contradiccion, que hicieron lo que debian y lo que era mejor para los intereses de su pais.

El conde de Vergennes se quejó, como era muy natural, de la política observada por los comisionados americanos, y en su consecuencia el Dr. Franklin se encargó de arreglar las diferencias que pudieran suscitarse entre unos y otros. Mr. Sparks reproduce la carta dirigida por el conde M. de la Luzerne, que se hallaba en América, relativa á dicho asunto, y asegura que la que escribió Franklin al conde, prueba haber desempeñado su delicada mision de la manera mas hábil y conveniente para mitigar el desagrado del gabinete francés (\*). Es probable que en aquellas circunstancias concibiesen los comisionados americanos alguna sospecha respecto á las verdaderas intenciones de Francia, sobre todo cuando, como ya sabemos, los enviados británicos trataban constantemente de suscitar dudas y dificultades relativamente á los proyectos de los franceses. De todos modos, y á la par que rendimos un tributo de gratitud á Mr. Jay por la conducta noble y digna que observó juntamente con sus compañeros, especialmente Mr. Adams, creemos oportuno citar las palabras de Mr. Sparks en defensa del gran aliado de los Estados Unidos: «El gabinete francés se adhirió desde el principio hasta el fin con la mejor buena fé á las condiciones de la alianza, no por favorecer á los americanos, sino por el impulso de su buena voluntad y sin ningun interés particular. ¿Por qué habia de esperarse esto? ¿Y cuándo se ha dado el

(\*) Véase *Vida de Franklin*, por Sparks, p. 490, vol. II—20.

caso de que las relaciones entre los paises se mantengan sin interés alguno? En la historia de la revolucion americana no hay hecho que pueda demostrarse tan claramente como el de que el gobierno francés, en sus relaciones con los Estados-Unidos durante la guerra y la paz, cumplió honrosamente con sus compromisos, obrando á veces de una manera generosa y hasta magnánima (\*).»

Poco despues de retirarse á cuarteles de invierno el ejército, los oficiales resolvieron recordar al Congreso el asunto relativo á las pagas, y al efecto comisionaron al general M'Dougall y á los coroneles Ogden y Brocks para que miraran por sus intereses. Esto se hizo en el mes de diciembre: la esposicion de los oficiales era un notable documento redactado convenientemente para escitar al Congreso á que tomase una resolucion, y entre otras cosas, insistíase en dicho escrito sobre la necesidad de llevar á cabo el acuerdo de octubre de 1780, referente á la media paga de pension, no solo porque se creia esta medida justa, sino porque iba á recaer en hombres reducidos al último extremo, acosados algunos por la miseria y las privaciones de todo género. Hé aquí las palabras con que terminaba la esposicion: «Los oficiales que suscriben faltarian á su deber si trataran de ocultar cuan general es el descontento que domina en el ejército y va ganando terreno diariamente, á causa de la triste situacion en que todos se hallan y de las privaciones que sufren despues de siete largos años de continuada guerra. Los esponentes, por lo tanto, piden al Congreso que

(\*) *Vida de Franklin*, por Sparks, p. 495. El lector que quisiere tener mas noticias acerca de este punto podrá consultar la *Historia civil y política de los Estados-Unidos*, vol. II, págs. 123-152; *Vida de Juan Jay* escrita por el mismo, vol. I, págs. 433 etc.; y *Vida y obras de Juan Adams*, vol. I, págs. 354-399.

pruebe al ejército y al mundo que la Independencia de América no ha de ser la causa de la miseria de una parte de sus ciudadanos; y confian en que se atenderá á su peticion indemnizándoles debidamente.»

Habia á no dudarlo en el Congreso hombres deseosos de hacer justicia al ejército y que compadecian la suerte de aquellos nobles patriotas que todo lo sacrificaran por la independencia de su pais, sufriendo las privaciones y fatigas inherentes á la vida de un militar; habia en la legislatura miembros dispuestos á dar una prueba de su espíritu de nacionalidad y rectitud en el cumplimiento de sus solemnes deberes, y á pedir que se pagase á los oficiales del ejército hasta el último cuarto; pero sentimos decir que la mayoría del Congreso no opinaba del mismo modo. Celosos sus miembros por conservar los derechos del Estado y la soberanía, opusieron á que se estableciese un fondo continental para atender á las reclamaciones de los oficiales, proponiendo que las cuentas atrasadas se liquidasen por los respectivos Estados (\*). El Congreso recogió la esposicion, dictó algunos acuerdos, y reconoció las reclamaciones de los acreedores, mas no votó fondo alguno para asegurar el pago. El invierno se pasó practicando inútiles diligencias, y en el mes de marzo espuso en fin el Comité que no se habia hecho nada.

La crisis se acercaba: dominados los oficiales por el resentimiento y la indignacion, comprendieron bien pronto que era preciso tomar medidas enérgicas, y al efecto resolvieron celebrar una Junta privada, y el 10 de marzo se circuló en el campamento un aviso fijando la hora y dando conocimiento

(\*) Véase la nota de la *Historia de la constitucion*, por Curtis, vol. I, págs. 494-499.

del objeto de la reunion. El mismo dia se dirigió tambien al ejército una manifestacion, que fué la primera de las famosas «Manifestaciones de Newburg.» Estaba hábilmente redactada y no carecia de elocuencia y de enérgicas frases dirigidas á los hombres, víctimas de la ingratitud pública. (\*) Washington comprendió de una vez cuál seria el resultado de aquella reunion de hombres dominados por la escitacion de su resentimiento, é interponiéndose con tanto tacto como prudencia, prohibió que se celebrase una reunion que se anunciaba con un anónimo, y citó á los oficiales para el sábado 15 á fin de oír á su Comité y deliberar sobre las medidas que debian adoptarse.

Al dia siguiente circuló otro manifiesto, escrito por la misma pluma, en el cual se declaraba que el comandante en jefe aprobaba los procedimientos que se seguian, y entonces Washington vió claramente que no debia abandonar su puesto y que le era precisa toda su influencia para calmar el descontento y la irritacion.

Cierto es que le inspiraba grandes simpatías el ejército, pero comprendió que iba á deshonorarse si se dejaba guiar por jefes turbulentos é incendiarios, tal como parecia serlo el autor de las manifestaciones anónimas. Washington habló con los oficiales y les espuso varias razones de la manera que él sabia hacerlo para calmar sus ánimos y prepararles á que adoptasen medidas de moderacion. Reunidos los oficiales, presididos por el general Gates, el comandante en jefe les dirigió la palabra diciéndoles entre otras cosas: «Mis fuerzas se han gastado sirviendo á mi país, mas nunca he puesto en duda

(\*) Estos manifiestos se escribieron por el mayor Armstrong, despues general, ayudante de campo que era del general Gates. La primera y principal se encontrará en el apéndice 2.º al fin del presente capítulo.

su justicia.» Hecho esto procedió á la lectura del manifiesto que habia escrito, (\*) documento que revelaba los mas cabalerosos y patrióticos sentimientos, y escitó al ejército á que no recurriese á las violencias, manchando su buen nombre despues de haber hecho tantos sacrificios en favor de los intereses del país. Comprometiéndose el comandante en jefe á emplear todos sus esfuerzos para que se reconociesen los derechos y privilegios de los oficiales, rogóles que confiaran en la buena fé de los Estados-Unidos, asegurándoles no dudaba que cumplirian con sus sagrados deberes.

Cuando Washington hubo acabado, (\*\*) todos los corazones se sintieron conmovidos, y el comandante en jefe se retiró silencioso, sin que ninguno se aventurara á oponer la menor observacion. Aquel momento pareció el mas oportuno para adoptar medidas conciliadoras, y recordando las afectuosas expresiones del comandante en jefe que le aconsejaba no manchar la gloria adquirida en ocho años de servicios, resolvieron confiar en el Congreso y rechazar con desprecio la infame proposicion que se hacia en la carta anónima dirigida á los oficiales.

«Seguramente, como dice muy bien Mr. Curtis, no se puede pensar aun hoy en el peligro que ofreció aquella crisis sin experimentar cierto temor. Si el comandante en jefe no hubiera sido Washington, si los oficiales que le rodeaban no hubieran sido

(\*) Véase el apéndice 3.º al fin del presente capítulo.

(\*\*) «Fué una fortuna para el ejército y para el país que cuando S. E. hubo acabado de hablar, no se levantara ninguno para hacerle presente que el general Washington iba á dejar el ejército cargado de honores, que tenia considerables bienes para vivir con dignidad, y que los oficiales no se hallaban en el mismo caso. Si se hubiesen vertido estas ideas, discutiéndolas debidamente, es probable que la reunion hubiese terminado de un modo muy distinto.» *Historia de la revolucion americana* por Gordon; vol. III, pág. 361.

tan nobles patriotas, es probable que se hubiera encendido la guerra civil; pero hombres que habian sufrido tanto como los oficiales de la revolucion, y educándose en la escuela de la adversidad, experimentando toda clase de padecimientos por tantos años, no podian menos de mostrarse sensibles al llamamiento de Washington.»

En cumplimiento de su promesa, el comandante en jefe escribió al presidente del Consejo una enérgica carta en la cual le decia: «El resultado de los procedimientos de la gran junta de oficiales, cuyos acuerdos tengo el honor de incluir á V. E. para que los examine el Congreso, me lisonjeo se considerará como la última y mas gloriosa prueba de patriotismo que pueden dar hombres que aspiraban á las distinciones en el ejército. Esto no solo confirma la justicia de su reclamacion, sino que les hace acreedores á un título mas de gratitud por parte de su país.» Las palabras con que concluia esta carta son asimismo tan notables como enérgicas: Hélas aquí: «Mucho me engaño si no son acreedores los oficiales á que se les recompense por sus padecimientos y sacrificios además de satisfacerse sus atrasos; y mi opinion estará sin duda basada en un error si no se juzga como yo que el ejército es digno de obtener lo que un pueblo agradecido debe dar. Si este país no satisfaciese las reclamaciones hechas por los interesados en las últimas solicitudes elevadas al Congreso, debo confesar que habrán quedado defraudadas mis esperanzas, y si como ya se ha indicado, con el objeto de escitar sus pasiones, han de ser los oficiales del ejército las únicas víctimas de la revolucion; si al retirarse del campamento han de verse sumidos en la miseria ó sujetos á una vil dependencia ó á vivir de la caridad, despues de haber gastado la flor de su vida en

el campo del honor, entonces sabré lo que es la ingratitud, entonces se habrá realizado un hecho que ha de amargar todas las horas de mi existencia. Pero lejos de mí semejante desconfianza; un pueblo que se ha libertado de una ruina inminente por la fuerza de las armas, no dejará nunca de pagar semejante deuda de gratitud.»

El 22 de marzo el Congreso dictó varios acuerdos por los cuales se resolvió que los oficiales despues de terminada la guerra disfrutaran por espacio de cinco años toda su paga en vez de abonárseles la pension vitalicia, dándoles al efecto las garantías que se concedian á los demás acreedores de los Estados-Unidos. A principios de **1783.** julio arregláronse las cuentas del ejército y se liquidaron. (\*)

El 20 de enero se firmaron en Versailles los preliminares de la paz entre Francia é Inglaterra, y esta con España, y al mismo tiempo los ministros americanos y británicos convinieron en la cesacion de hostilidades. El dia 24 de marzo, se recibió la noticia en América por una carta del marqués de Lafayette, y seguidamente espidiéronse órdenes llamando á todos los cruceros de los Estados Unidos. Poco despues el Congreso se informó oficialmente del acuerdo entre los ministros de los Estados-Unidos y la Gran Bretaña y del cambio de las rectificaciones de los artículos preliminares entre Inglaterra y Francia. El dia 11 de abril circuló una proclama anunciando la cesacion de hostilidades así por tierra como por mar para que se observase estrictamente lo estipulado entre los Estados-Unidos y S. M. B.

El 19 de abril, precisamente ocho años despues de aquel memorable dia en el que

(\*) Véase una interesante nota de Mr. Curtis en la *Historia de la Constitucion*, vol. I, págs. 190-94, relativa á la media paga de los oficiales de la revolucion.